

Mirando al mar

amme

Image not found.

Capítulo 1

Todos las tardes y a la misma hora le veía llegar con su aspecto frágil, su silla de aluminio y su libro en la mano derecha. Se acercaba a la orilla, desplegaba la pequeña hamaca, se sentaba en ella, abría el libro sujetándolo con las dos manos, leía durante unos instantes, o por lo menos eso parecía, y luego miraba al mar, y así, hasta la puesta de sol.

Debía de haber pasado ya los ochenta y a pesar de su aparente fragilidad siempre estaba sólo, nunca vi que le acompañase nadie.

Una tarde intrigada por el extraño ritual y atraída por su mirar soñador, con ese fondo de certeza que me hacia pensar, tal vez creer, que él sabía que lo mejor aún estaba por llegar, me atreví a acercarme y sentarme a su lado.

Pasado un rato no fue difícil entablar conversación y enredarnos en una charla intrascendente pero agradable, hasta que me atreví y le hice la pregunta que tanto me intrigaba.

–¿Qué mira tanto rato? He visto que todos los días se queda mirando al horizonte hasta que se marcha –argumente tratando de excusar la impertinente pregunta.

–El mar –contestó en tono irónico y sin dejar de mirarlo; hizo una pausa que me resultó incomoda y luego explicó–. Perdona, no era mi intención contrariarte, sólo quería ver tu reacción, es este extraño sentido del humor mío. Claro que miro al mar, no hay otra cosa delante, pero no de forma bobalicona; todas las cosas tienen su parte visible y su parte invisible, su alma, podríamos decir, como las obras de arte, que puedes ver su apariencia física y también sentir las emociones que te inspiran, las sensaciones creadoras que generan en tu interior, como las que el mar me sugiere.

Una extraña sensación de sorpresa y euforia se estaba apoderando mí. Irremediamente me sentía atraída por lo que aquel hombre, el anciano frágil que observaba días atrás, me estaba contando.

–Tú ves agua en movimiento, yo un alma enamorada. Hace mucho tiempo, cuando era niño leí una historia, que a su vez era muy antigua, contaba como el mar se convirtió en un enamorado y por eso todos experimentamos esa suerte de empatía cuando estamos junto él, un vínculo sentimental que incluso claman los poetas: “si has de llorar, es mejor frente al mar”, claro que todo esto no lo entendí hasta bien entrado en años y después de muchas tardes contemplándolo.

Aquel clima mágico y ensoñador iba in crescendo, así que no tarde ni un instante en preguntarle si recordaba aquella historia y si quería contármela. Sentía que de alguna manera, lo que me contaba también era parte de mi vida o lo sería en el futuro.

–Bueno, si quieres, aún la recuerdo, pero creía que a nadie le interesaban las cosas de viejos, creo que eres una chica muy rara. Veras: “Cuenta una leyenda ancestral que existieron dos grandes reinos rivales, que desde antaño y generación tras generación, habían forjado el más grande de los odios. Lo único que compartían era una linde común bañada por un mar perpetuamente en calma. En ambos y, casi al tiempo, nacieron primogénitos: un varón y una hembra. El sino quiso que fuesen esas mitades que se buscan desde la noche de los tiempos y que sus corazones no apreciaran ni entendieran el continuo guerrear y la perpetua inquina que se profesaban sus respectivas y regias familias. Gustaban de saltarse las normas y con la excusa más insólita se escabullían de la rigidez que su cuna les imponía, para escapar a la deseada soledad que ofrecían los bosques circundantes. Así fue como se encontraron, se reconocieron como parte de sí mismos y se amaron, aún sin todavía saberlo, eternamente. Y como el para siempre de los hombres es distinto –e infinitamente más corto– que el del verdadero amor, pronto fueron descubiertos y severamente castigados. Ella fue regalada como esclava con la única condición de que permaneciera lo más lejos posible de los dos reinos; él, fue ejecutado de forma cruel y despiadada: atado a una gran estaca clavada en la orilla del apacible mar, de forma tal, que el agua le cubría hasta el cuello para que no muriese hasta la subida de la marea. La venganza de los enemigos regentes era más que fiel a la crueldad con que ejercían el poder, y, según ellos, proporcional a la deshonra sufrida.

Ella no tardo en morir de pura pena y él lo hizo aún antes, aquel mismo anochecer, pero tan grande y desmedido era el sentimiento que lo inundaba que la fría muerte sólo pudo hacer presa en su cuerpo, quedando su espíritu diluido en el agua y siendo un todo con ella. Desde entonces y, cada vez que recobra sus fuerzas, intenta salir a buscar a su amada, a veces con tanta violencia y decisión que consigue avanzar grades distancias tierra adentro y es por eso que en ocasiones, se le ve cantando su canción amarga, herido de amor fallido, porque sólo un enamorado se queja y revuelve contra sí mismo de manera tan salvaje, suicida, que pareciera querer romperse en un sin fin de lamentos blancos, incontenibles, y así por siempre hasta nuestros días.”

Me pareció sorprendente la fluidez con que contaba la historia, sobre todo, teniendo en cuenta que la había conocido siendo un niño. En mi interior crecía la sospecha de que quizás la había inventado él, para dar una explicación a algo o a alguien. Pero a estas alturas ya era presa de mi propia curiosidad y permanecía tan atenta que debía parecer una tonta

flotando a remolque del mágico sonar del flautista del cuento.

–Un día también veras algo más que agua en movimiento. Lo que veo es algo profundo, un quejido desde lo más hondo y primitivo de la propia existencia humana, un lamento común. Es aquí donde nos reunimos a compartir nuestro dolor, es como un encuentro de amigos, o mejor dicho, de damnificados.

–No dices nada, te aburro ¿verdad?

–Bueno, es que no me esperaba algo así, no sé que decir –acerté a balbucear torpemente.

–No pasa nada, los viejos es lo que tenemos, que podemos contar cualquier cosa, total, para la atención que se nos presta; otra ventaja es que la ropa no te pasa de moda.

Si que tenía sentido del humor, pero a mi me daba la sensación que lo utilizaba como cortina de humo, como elemento de distracción. Me preguntaba con impaciencia cual sería la historia en particular que él compartía con el mar.

–Quizás tenga razón, en eso de que soy rara, lo cierto es que me interesa mucho todo lo que me está contando, me siento muy a gusto con esta conversación, por favor, cuénteme más, ¿qué le une al mar?

–Ella –contestó firme pero escuetamente.

–Su mujer –me aventure a decir aun a riesgo de meter la pata tal y como lo hice y tal y como el sentido común me hubiese prohibido decir, de haberle dado una oportunidad. ¿Qué podía saber yo?, en verdad era un desconocido.

–No, bueno si, ella también, pero fue otra la que me llevó a esta lucidez emocional y cuestionable. He pasado la vida pensando en ella y no creas que he sido infeliz, nada de eso, he estado casado y he tenido unos hijos a los que adoro. No, no he sido infeliz. Ella me enseñó, o a causa de ella aprendí, que amar no es poseer; si se dan las dos situaciones juntas es maravilloso, aunque no siempre es así, pero una vez que entendí esto y supe que nada en el universo conocido podía impedirme amarla dejé de sufrir. Y, fíjate como es la cosa que aún salgo ganando, porque yo estoy viejo y ajado y ella, en mi memoria, está tan joven y fresca como el día en que dejé de verla. No existe el amor imposible, sólo las relaciones lo pueden ser.

–¿Puedo preguntar qué pasó?

–Si claro, ahora estoy sólo y a mi edad ya no guardo secretos, luego no los encuentro –dijo con un esbozo de sonrisa a causa de la broma–. Sencillamente no me quiso, no me eligió. Por eso digo que el mar cuenta mi historia, he pasado la vida pensando en ella de una forma o de otra, con alegría, tristeza, rencor, nostalgia... pero siempre ha estado presente, igual que él lleva toda la vida intentando salirse para unirse a ella, incansable, como un enamorado. Unas veces esta en calma y otras se rompe en infinitos intentos de espuma blanca. Sabe que no lo logrará hasta que llegue el fin, igual que yo, igual que cualquier otro en nuestras circunstancias.

–¿Y cómo está tan seguro de que al final se reunirán?

–En el fondo no lo estoy, sólo sé que seguirá estando conmigo y si no hay un mundo físico tan inmenso que nos separe quizás entonces tenga una oportunidad, de todas formas algo tan breve en el tiempo, que ha sido capaz de permanecer vivo tantos años no pudo ser en vano y, si no lo fue, está llamado a realizarse. Desde que nació siempre ha existido, ha estado conmigo, lo estaba antes de que yo mismo lo supiera, ha resultado inalterable a todos los cambios que se han producido en mi vida y en mí. ¿Por qué iba a ser distinto en el último? Seguirá conmigo allá donde yo exista, sea en la forma que sea, no te imaginas cuanta presencia genera la ausencia.

El sol estaba cayendo cuando cansado decidí apagar el ordenador y dejar aparcado de momento mi mundo interior de historias sin contar que continuamente bullen en mi cabeza. A veces la espoleta era tan simple como insólita, como la de esta tarde, cuando asomado a la terraza hacía una pausa en mi lectura y vi al anciano de la silla plegable que siempre mira al mar y observé como ella se acercaba y comenzaban a charlar amigablemente.